

Crecer

Mercè Anguera

Os lo tengo que decir antes de que se me olvide: perdí a mi primer amigo en el parque de los columpios.

Mi madre y yo íbamos cada día al parque por aquello de que a los recién nacidos nos va bien tomar el aire. De hecho, el aire no lo tomaba mucho porque me abrigan con un anorak que tiene pies, guantes y gorra, pero me gustaba la calle porque las cosas que se ven desde el cochecito son interesantes: las ruedas de los taxis aparcados al lado de la acera, las colas de los perros, las orejas de los gatos... El parque, en cambio, no era tan divertido. Mi madre quería que jugara en la arena, pero la arena es áspera y pica, y me parece que está prohibido lamer la pala, porque si lo hacía mi madre me reñía. También quería que subiera al columpio, que es un gato que en vez de patas tiene un muelle, sin pensar que a mí me da miedo la altura y que me mareaba de los nervios. Lo mejor era cuando ella se sentaba en un banco a leer el periódico, y yo me quedaba a su lado, en el cochecito. El silencio, el sol que pasaba entre las hojas verde claro de los plátanos y el aire suave de la tarde me adormecían poco a poco. Cuando me despertaba, ya era de noche y estaba en el comedor de casa, bien caliente, bajo la claridad amarilla de la lámpara de pie, y oía a mi madre haciendo la cena en la cocina. Entonces respiraba tranquilo: allí sí que se estaba bien.

Sin embargo, una tarde todo fue diferente, porque vi por primera vez a mi amigo. Yo estaba haciendo una siesta y me despertaron sus lloros. Unas lágrimas grandes y redondas se deslizaban por sus mejillas, cerraba los puños con fuerza y se movía, inquieto, en la falda de su abuelo, sin hacer caso de las palabras que éste le decía para calmarlo. De repente, se volvió y nos miramos fijamente. Él se calló, sorprendido, y yo comencé a llorar fuerte porque era la primera vez que veía a otro niño tan de cerca. Y lloré tanto que mi madre decidió volver a casa

antes de tiempo porque pensé que yo estaba enfermo. Pero no tenía ni fiebre ni tos, sólo tenía miedo y, al mismo tiempo, ganas de volver a ver al niño.

Al día siguiente, en el parque, él me esperaba. Cuando me vio llegar parecía que quería saltar del cochecito de la alegría. Yo estaba un poco asustado y no hacía más que mirarlo y remirarlo sin decir nada, sin moverme. Él sonreía enseñando dos dientes arriba y dos abajo, y hacía muchos ruidos que me tranquilizaban: ruiditos de agua y de sueño, de tañir de pequeña campana, de pájaro y de lluvia fina. Así me pasó el miedo, y me reí y él también, y supe que el día anterior lloraba porque no quería quedarse más tiempo en el parque, que no es divertido porque la arena pica y el columpio-gato te mareaba. Pero ya le gustaba, el parque digo, porque estaba yo.

Nos encontramos allí muchas veces, en el banco, en la arena o en los columpios.

Me dijo que él y yo no éramos los únicos niños del mundo, que hay muchos más, millones y millones; que andar y saltar y correr es muy difícil, y que los mayores creen que los pequeños no entendemos nada... También hacíamos burbujas de saliva grandes, comíamos galletas «maría» sin atragantarnos —antes de morderlas tienes que ablandarlas bien—, bebíamos agua fresquísima de la fuente y nos remojábamos la cara y el pecho, y si uno de los dos estaba enfadado porque le estaba saliendo un diente o tenía dolor de barriga, lloraba, y el otro esperaba con paciencia hasta que terminaba. Algunos días no nos hacíamos caso, porque es-

tábamos concentrados en otras cosas, en una hormiga, en un papelito o en una mancha de papilla en la camiseta. Y al día siguiente nos explicábamos lo que habíamos visto. A veces mirábamos a la gente que pasaba y nos reíamos, y otras veces nos dormíamos y ya está. Cuando él no estaba, la tarde resultaba interminable, una niebla fina y húmeda envolvía a los árboles y al volver a casa hacía frío. Si él estaba, el parque se llenaba de claridad y se estaba bien. Así pasó mucho, mucho tiempo...

Entonces, cuando los días se hacían largos y ya no llevábamos anorak con pies, ni guantes ni gorra, y el viento bajo los árboles era caliente, él comenzó a tener una actitud distraída y lejana, como una nube. Me miraba como si no me hubiera visto nunca, como si yo fuera un desconocido. El columpio-gato ya no lo mareaba: cuando lo subían, reía y daba palmadas. Y si lo devolvían al cochecito, protestaba, aunque estuviera a mi lado. Ya no entendía mis ruidos, ni quería que hiciésemos el pez abriendo y cerrando la boca. Cantaba no sé qué de un sol y se moría de ganas de ir a la arena para hacer agujeros. Allí fue donde un día me arreó un golpe de pala en la cabeza, me miró muy serio y me espetó, como si me riñera, «niño, pala, ratita».

No supe qué quería decir. Pero pensé que mi amigo ya no era mi amigo, porque no entendía sus palabras, sus palabras de mayor, y él no entendía las mías, mis palabras de pequeño. Y así fue como lo perdí, en el parque, sentados en la arena que picaba.

Aquel día, el camino de vuel-

ta a casa fue triste. Y también lo fueron los siguientes días. Los perros movían la cola sin ganas, los gatos no me hacían preguntas con las orejas, beber agua de la fuente me horrorizaba y si me dormía al lado del banco, tenía pesadillas, y si veía a mi amigo fuera del cochecito, agarrado del dedo de su abuelo, intentando caminar, pensaba en lo mucho que me habría gustado poder preguntar si de verdad es tan difícil como parece esto de caminar solo...

—No sé qué le ha pasado a Alberto —le decía mi madre a mi padre—. Creo que ya no le gusta ir al parque. Cuando nos acercamos, comienza a quejarse y a llorar y no para hasta que regresamos a casa. Estoy preocupada...

—Estará aburrido. ¿No crees que ya es hora de que vaya al Jardín de Infancia?

—Tal vez si...

No quiero engañaros: el Jardín de Infancia me gusta. Hay muchos niños de todos los tamaños, y también hay otro tipo de niños que se llaman niñas, y pintamos con colores de cielo, de hoja, de flor, de sol y de sal, y tenemos una bata, dos baberos y un montón de pañales; y si me como el plátano aplastado con la cuchara, la señorita me felicita. Y, además, cada tarde vuelvo a casa porque mi madre no se olvida nunca de recogerme. Los días aquí son bonitos.

Sólo que ayer me distraje y le dije a la señorita «cuchara, bolsillo, gallina».

Ella se puso muy contenta, pero yo no me alegré.

Pronto sabré hablar con palabras de verdad. Entonces no recordaré cómo se colaba el sol entre las hojas, ni cómo me adormecía el aire, ni qué gusto tiene la pala llena de arena, ni la gracia de la cola del perro, ni entenderé qué preguntan las orejas de los gatos. Lo mismo que le pasó a mi amigo.

Tal vez ni siquiera sabré que tuve un amigo y que lo perdí en el parque.

Y esto querrá decir que me habré hecho mayor.